



El pastor que dudó



Aquella noche, el cielo de Belén no era oscuro, sino que vibraba con una luz dorada y cánticos que bajaban de las nubes.

Un coro de ángeles anunciaba una noticia maravillosa: el nacimiento de un Rey en un humilde pesebre. Todos los pastores estaban asombrados, pero Jaime se cruzó de brazos. "¿Un Rey en un establo?", gruñó con desconfianza. "Seguro son solo luces en el cielo. Yo me quedo aquí cuidando lo que es real".



Silas y los demás pastores no esperaron ni un segundo. Recogieron sus mantas y corrieron colina abajo, emocionados por encontrar al niño. Jaime los vio alejarse hasta que sus risas y pasos se perdieron en la distancia. Se quedó solo con su oveja más pequeña, Nube, que lo miraba con ojos curiosos. "No te preocupes, Nube", dijo Jaime, aunque su voz sonaba un poco temblorosa. "Aquí estamos seguros y calientes".



Pero a medida que la noche avanzaba, el fuego se convirtió en cenizas y el frío empezó a calar en sus huesos. El silencio del campo, que antes le gustaba, ahora se sentía pesado y triste. Jaime sintió un nudo en el pecho. ¿Y si sus amigos tenían razón? ¿Y si se estaba perdiendo el milagro más grande del mundo por ser tan testarudo? El arrepentimiento le pesaba más que su propia manta.



"¡No puedo quedarme aquí!",
exclamó Jaime de repente,
poniéndose en pie de un salto.
"¡Perdóname, pequeño Rey, por
no haber creído!". Con el corazón
latiendo a mil por hora, Jaime
tomó su cayado y empezó a
correr hacia las luces de Belén.
No tenía un mapa, solo la
esperanza de que todavía no
fuera demasiado tarde para pedir
perdón y ver al niño.



Al entrar en la ciudad, Jaime se sintió perdido. Las calles eran estrechas, oscuras y llenas de sombras que parecían laberintos. Dobló en una esquina, luego en otra, pero cada camino parecía llevarlo a una pared de piedra o a una puerta cerrada. El pánico empezó a apoderarse de él. "¿Cómo encontraré un solo pesebre en esta ciudad tan grande?", sollozó, sintiéndose más pequeño que nunca.



De pronto, una luz suave y cálida, como el resplandor de una vela gigante, iluminó el callejón. Jaime levantó la vista y vio a un ser radiante de alas blancas y túnica brillante: era el ángel Lumen. Lumen no parecía enfadado por las dudas de Jaime; al contrario, le dedicó una sonrisa llena de bondad que hizo que todo el miedo del pastor desapareciera al instante.



Lumen extendió su mano y
señaló un sendero oculto tras
unas viejas higueras. "Sigue la
luz que nace del corazón, Jaime",
pareció susurrar el aire.

El ángel empezó a caminar
detrás de él, y Jaime siguiendo
las luces que había en el suelo,
se sentía seguro.



El sendero los llevó finalmente a las afueras de la ciudad, frente a una cueva que servía de establo. Allí Jaime encontró a Nube, que de alguna manera había llegado antes que él. La pequeña oveja baló alegremente al verlo. El ángel Lumen señaló la entrada, que estaba bañada por una luz blanca y pura, y luego se desvaneció en el aire, dejando un rastro de olor a flores frescas.



Jaime entró con pasos lentos y silenciosos. Allí, encontró a María. Ella sostenía al Niño envuelto en pañales. Al ver a Jaime, María no le preguntó por qué había tardado tanto ni por qué había dudado. Simplemente le hizo un pequeño gesto con la cabeza para que se acercara. En ese establo, no había lujos, pero se sentía más calor que en cualquier palacio.



Jaime se arrodilló ante el pesebre. Al mirar los ojos del niño Jesús, una paz profunda inundó su alma. Todo la duda, el cansancio y el arrepentimiento se esfumaron, reemplazados por un amor que no podía explicar. Jaime comprendió que el perdón era un regalo que ya estaba allí esperándolo. Aquella noche, el pastor que no creía se convirtió en el hombre con más fe de todo Belén.